

El verano es la estación en la que jardines, terrazas y balcones, que ya están en plena floración, adquieren su vestidura más elegante; pero también es el período del año en el que se presentan mayores peligros para las plantas de todas las clases, expuestas a los daños de una rápida evaporación del terreno, al sobrecalentamiento del aire, a la invasión de insectos y parásitos, a la propagación de las bacterias y al empobrecimiento progresivo del terreno a causa de los riegos excesivamente frecuentes.

Es el momento en el que nuestras flores nos ofrecen las mayores satisfacciones, pero al mismo tiempo nos imponen una constante vigilancia y requieren cuidados asiduos. Entre otras cosas, el verano es también la estación de las vacaciones y se hace por tanto necesario preparar jardines y terrazas teniendo en cuenta que uno va a estar fuera, sobre todo si no se tiene la posibilidad de confiarlos a una persona de confianza con cierta práctica en jardinería.

Vamos a ver cuáles son las operaciones más importantes que hay que llevar a cabo durante el verano.

Poner una capa de hojas secas

Los riegos pueden ser considerados como el tema más importante del paréntesis de verano, ya que depende precisamente del grado justo de humedad la supervivencia de las plantas, tanto si se hallan cultivadas en plena tierra como si se encuentran en maceta.

Evidentemente, el problema quedaría resuelto más fácilmente si bastase regar abundantemente las plantas para asegurarles la humedad necesaria, pero la realidad no es así: en especiales condiciones de clima, y sobre todo con las plantas de maceta, a menudo no es suficiente suministrar mucha agua para conseguir que el terreno conserve un frescor constante. La evaporación, a causa del intenso calor de la estación, es tan rápida que provoca la inmediata sequía del suelo y el consiguiente marchitamiento del follaje. Las plantas demuestran entonces una constante necesidad de agua y no queda otro remedio sino volver a regarlas, para volver a tener que hacerlo de nuevo después de unas horas, y así sucesivamente hasta el final del verano. Por otra parte, un tratamiento de ese género provocaría el empobrecimiento progresivo de la tierra y el consiguiente debilitamiento de las plantas, que en poco tiempo presentarían hojas ajadas y flores estropeadas y privadas de color. Y además, un exceso de riegos, en la atmósfera cálida y bochornosa, crearía las condiciones más favorables para la propagación de enfermedades y la reproducción de parásitos e insectos.

¿Hay algún tipo de solución para este problema tan importante? Afortunadamente, sí, y consiste en la capa de hojas secas, el "mulching", si escogemos el más extendido vocablo inglés.

Se trata de una capa de follaje, que también puede hacerse con turba, dispuesta al pie de arbustos o árboles (en un radio que va desde los 30 a los 60 cm., de acuerdo con el volumen del ejemplar y el consiguiente desarrollo presumible de sus raíces) extendida en forma de cono alrededor del tronco de la planta. La turba tiene la propiedad de ser muy absorbente y empaparse, por ello, fácilmente de agua; ésta pasa, en un segundo tiempo, al suelo y desciende hacia la zona subterránea proporcionando una gran ayuda a toda la planta. Desde luego que la capa de turba protege asimismo al aparato radical de los rayos solares y, atenuando la evaporación de la tierra, imita la necesidad de agua por parte de las plantas. Esta capa se muestra especialmente providencial tanto para las especies cultivadas en plena tierra como para las de maceta, y, si es llevada a cabo con cuidado, antes de que la temperatura se eleve demasiado, permite amortiguar la necesidad de riegos, asegura floraciones copiosas, follaje robusto y frutos sanos.

Un jardín o un balcón cuyas plantas hayan sido protegidas de esta manera pueden ser abandonados tranquilamente durante una semana (el jardín, incluso diez días) sin miedo de que las plantas se resientan por semejante suspensión de riegos. Una capa ligera de turba puede revelarse muy útil incluso para proteger el prado del sol demasiado caluroso, para evitar la sequía y la formación de manchas amarillas tan antiestéticas, que a menudo pueden ser eliminadas solamente procediendo a trasplantar la parte entera del césped dañado, con hierba fresca y sana.

No olvidemos los abonos

Hemos dicho al principio que los riegos demasiado frecuentes y abundantes pueden provocar peligrosos empobrecimientos del terreno con la consiguiente debilitación de las plantas. En una palabra, incluso cuando hace mucho calor, no queremos decir que las plantas deban solamente beber, sin recibir otro tipo de alimento. Es indispensable, por tanto, proceder a una nutrición equilibrada incluso durante el período estival, cuando la lozanía de la vegetación podría hacer creer que esta precaución es superflua. El abono de verano se lleva a cabo, generalmente, añadiendo un fertilizante mineral completo, o bien un concentrado de algas marinas, al agua de los riegos. La periodicidad de este suministro varía de una especie a otra, pero generalmente puede uno atenerse a un abono cada quince días, con la certeza de dar a las plantas el alimento necesario, asegurándoles bienestar y vitalidad, a pesar de la alta temperatura que actúa sobre ellas "forzándolas".

Practicar frecuentes cortes a las herbáceas

Las plantas herbáceas, perennes y anuales, se hallan en plena floración pero hay que tener presente que al repentino abrirse de las corolas sucede el igualmente rápido marchitamiento. Se hace, por consiguiente, necesario proceder al inmediato corte de los tallos que sostienen las flores. Este corte tiene la finalidad, entre otras cosas, de estimular la formación de nuevos brotes y de nuevos capullos. Las plantas se mantienen así más bajas que los ejemplares de la misma especie que no son sometidos a esta cura, pero, en compensación, su vegetación es mucho más espesa, su porte más elegante y compacto y, en conjunto, el efecto decorativo resulta mejor.

Hacer reposar a las rosas

Las rosas, en verano, atraviesan un período de reposo de unos 15 días durante el cual hace falta someter (tanto a las especies *reflorescentes de flor grande* como a las *poliantha*) a una poda, cuya misión es la de preparar y de favorecer una excelente floración en septiembre, tan fresca y rica como la de primavera. Esta poda estival se aconseja tanto para las rosas de plena tierra como para las cultivadas en maceta sobre balcones y terrazas.

Pensemos en las plantas antes de marcharnos

Y ahora, pasemos a otro problema importante, es decir: cómo llegar a mantener en perfecto "estado de salud" a nuestras plantas cuando hemos de ausentarnos para un período más bien largo.

En casa

Comencemos hablando de las plantas de interior.

Sería ideal poder confiar las plantas al florista de confianza, o poder contar con una persona que se encargue de regarlas regularmente. Pero, ya que estas dos soluciones no son siempre posibles, podemos tratar de sugerir, de otro modo, una serie de interesantes consejos:

reunir todas las plantas de interior en un lugar fresco y suficientemente luminoso, pero no soleado, donde se pueda hacer circular el aire dejando la ventana semicerrada y las persianas levantadas, al menos parcialmente. El cuarto de baño puede ser la solución ideal; de hecho, los tiestos pueden quedar reunidos en la bañera, después de haber puesto sobre el fondo esterillas o una lámina de plástico para no dañar el esmalte. Bajo cada maceta, es conveniente poner un ladrillo para aislar el recipiente del fondo. Gracias a estas medidas se puede poner un poco de agua en la bañera (unos 10-15 cm.), con el fin de que roce la base de los tiestos. La humedad continuará subiendo hacia las raíces gracias al poder absorbente del ladrillo que permanecerá impregnado de agua mientras ésta permanezca en la bañera. De esta forma, las plantas, aunque no reciban la suficiente dosis de agua, pueden resistir muy bien incluso 15 días sin sentir daño alguno. Como mucho podrían perder alguna hoja, de las más bajas, pero bastarán algunos riegos con agua y estimulante hormonal (8 gotas por cada litro de agua) para hacer despuntar nuevos brotes y nuevo follaje y conseguir así que el ejemplar vuelva rápidamente a la normalidad vegetativa;

si los tiestos no pueden ser colocados en la bañera o la fregadera de la cocina no es suficiente para contener a todos, se puede recurrir a una serie de recipientes de plástico puestos sobre el suelo. También en este caso las plantas no deben ser colocadas directamente en el fondo de los recipientes, sino sobre un ladrillo, para evitar el directo y prolongado contacto de las raíces con el agua, cosa que puede provocar un fenómeno de verdadera asfixia a causa de la saturación hídrica de la tierra;

antes de partir es conveniente remover el terreno en la superficie, regar abundantemente y rociar con insistencia el follaje.

Sobre balcones y terrazas

Hablemos ahora de las plantas cultivadas normalmente sobre el balcón. Si no es posible confiar el cuidado a una persona de confianza, no queda otro remedio que buscar nuevos recursos, con el fin de poder garantizar la supervivencia de las plantas a las que hemos cuidado desde hace meses o años con tanta solicitud. Digamos, entre paréntesis, que si, en el momento de la plantación, hubiéramos dado nuestra preferencia a las macetas con reserva de agua, el problema de los riegos estivales quedaría casi resuelto, porque las plantas podrían ser abandonadas hasta por un período de 10 días sin preocupación alguna. Utilizando, por el contrario, macetas y recipientes normales, se aconseja tener presentes los siguientes consejos:

tratar de recubrir por lo menos una parte de la terraza con algún toldo o una red de plástico para formar una zona de sombra y poner a su abrigo las especies que necesitan más de la sombra y de la humedad (*hortensias, begonias, astilbes, capuchinas, hostas*, etc.);

extender sobre la superficie de los recipientes una capa de turba de al menos tres dedos de altura. sí es que no se ha tomado esta útil medida anteriormente y, antes de partir, regar de forma que quede bien empapada la tierra y la turba;

para mantener húmedo el terreno de los recipientes más grandes puede servir esta rudimentaria medida: practicar un agujero bastante grande en un corcho normal o en un tapón de plástico, y usarlos para cerrar un frasco casi lleno de agua; hacer un hoyo en la tierra de los recipientes (10 cm. de profundidad y 8 cm. de anchura) y en este agujero "plantar" el cuello del frasco previamente vuelto hacia abajo. El agua contenida en el recipiente fluirá lentamente, gota a gota, y durante algunos días la planta podrá contar con una discreta dosis de humedad, que se añadirá a la de la turba;

para recipientes o macetas de dimensiones limitadas existen en los comercios pequeños aparatos de plástico, basados sobre el mismo principio del frasco del que acabamos de hablar, que se revelan muy útiles durante las ausencias no excesivamente prolongadas, es decir, aquellas que no pasan de una semana;

si no se puede surtir a todos los recipientes de un frasco o de algún "cuentagotas", se debe recubrir por lo menos cada fila de macetas o cada ejemplar con una red especial para sombra; la red es muy ligera y no necesita ser sostenida de forma especial; bastan cuatro palos de madera fijados en los recipientes para sostenerla, y para impedir los posibles daños producidos por el viento son suficientes unas cuantas piedras para afianzarla en el terreno.

En el jardín

Hay dos sistemas de defensa que pueden aplicarse al jardín cuando, naturalmente, no se puede recurrir a la posibilidad de confiar el cuidado a una persona experta:

la acostumbrada capa de turba adosada al pie de las plantas, tanto si se trata de herbáceas como de arbustivas;

una cubierta con red de plástico. Esta protección sirve para poner al abrigo los diversos ejemplares e incluso arriates o bordillos enteros. Una serie de palitos, fijados en torno al perímetro del arriate, o de las ramas, plegados formando un arco y plantados a intervalos regulares a lo largo de los lados del bordillo, sirven para sostener perfectamente esta red; algunos pedacitos de cuerda bastarán para atar la red a los palitos y evitar así que el viento pueda dañarla.

Los trabajos en el huerto

- El intenso calor y los frecuentes riegos determinan la rápida multiplicación de hierbas dañinas entre una fila y otra de las diversas hortalizas. El daño es evidente: las plantas cultivadas quedan privadas de una buena dosis de alimento y de la indispensable aireación en la base de las matas. Es preciso, por consiguiente, proceder inmediatamente y sin contemplaciones a la extirpación de estas herbáceas, cavando ligeramente la superficie de los arriates; es éste un trabajo que requiere la máxima atención porque se puede dañar fácilmente a las tiernas raíces de las hortalizas.
- No conviene olvidar, aunque sea a título preventivo, las medidas contra los insectos y las diferentes enfermedades criptogámicas.
- Es muy importante controlar y dosificar los riegos, según la temperatura, para no producir excesos peligrosos o someter a las plantas a inútiles restricciones que perjudicarían de forma irreparable la cosecha.
- Los arriates que permanecen vacíos, porque las especies cultivadas en ellos han llegado ya al término de su ciclo productivo, deben “reposar” durante unos 20-25 días; mientras tanto, conviene dar vuelta al terreno y abonarlo con estiércol o abono orgánico en polvo, procediendo asimismo a limpiar los arriates.
- Según el mes, además, se debe proceder a las correspondientes siembras y a los trabajos normales de cultivo, propios de las diferentes especies.

Los trabajos en el frutal

- El verano coincide con el período de mayor producción de fruto y, por consiguiente, la actividad principal de cuantos se ocupan de este determinado tipo de cultivo debe ser la de elegir los frutos maduros, recogerlos por la mañana temprano y transportarlos con cuidado para no dañar su corteza y provocar fenómenos de putrefacción. A propósito de podredumbre, es oportuno eliminar los frutos que caen al suelo antes de madurar, porque están dañados por insectos. Dejarlos sobre el terreno no hace sino provocar una invasión de hormigas o una gran abundancia de abejas y avispa.
 - Una precaución eficaz contra los insectos es la de colgar de los árboles las “trampas” especiales, que consisten en objetos de vidrio llenos de un líquido especial que tiene el poder de atraer avispa y mosquitos e impedir de esa forma que se posen sobre la fruta madura y que la deterioren.
 - Además de conservar siempre bien limpio el terreno debajo de las plantas, cavando a menudo para eliminar las hierbas dañinas, no conviene olvidar un control constante del follaje para poder intervenir inmediatamente en cuanto se presentasen síntomas de una enfermedad cualquiera.
 - Hacia finales del verano, es decir, en septiembre, se puede comenzar a disponer la plantación de nuevos ejemplares, excavando los hoyos correspondientes y abonando la tierra. De esta manera, el suelo podrá oxigenarse bien y llegar a oxidarse y así el estiércol podrá fermentar suficientemente.
 - En verano se puede tratar de multiplicar los groselleros, frambuesas y zarzas, preparando esquejes semileñosos, que han de ponerse a enraizar en terreno arenoso, a la sombra, bajo un túnel de plástico.
- A modo de conclusión, conviene insistir en dos puntos fundamentales para la conservación de las plantas durante el verano: Con el intenso calor de los días estivales, se produce una rápida evaporación del terreno; para evitar este inconveniente se debe colocar una capa de turba alrededor del tronco de la planta, quedando así el aparato radical protegido del sol y disminuyendo la evaporación del agua y la desecación del terreno. Por otra parte, el empobrecimiento de la tierra originado por los riegos excesivos, debe ser compensado con el suministro de abonos⁷